

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN EN EL SUFRIMIENTO Y LA ENFERMEDAD

OBJETIVO

Ofrecer a nuestros hermanos y hermanas enfermos una reflexión sobre el sacramento de la reconciliación para vivir desde su realidad y condición, un encuentro vivo, pleno y misericordioso con el Señor en la celebración del sacramento, que los ayude a ser conscientes de que la esperanza es deseo y don al mismo tiempo, apertura a Dios, reconciliación y movimiento, búsqueda de nuevas formas de vivir y convivir.

VER

El tiempo de sufrimiento, en el que puede existir la tentación de abandonarse al desánimo y la desesperación, puede convertirse en un tiempo de gracia para volver en sí y, como el hijo pródigo de la parábola, repensar la propia vida, reconociendo errores y fracasos, sintiendo nostalgia del abrazo del Padre y desandando el camino hacia su Casa.

El Catecismo de la Iglesia Católica propone una reflexión sencilla y concisa: “a través de los sacramentos de la iniciación cristiana, el hombre recibe la vida nueva de Cristo. Ahora bien, esta vida, la llevamos en vasijas de barro (2Co 4,7). Ahora sigue escondida con Cristo en Dios. (Col 3,3). Todavía estamos en nuestra morada terrena, sujetos al sufrimiento, a la enfermedad y la muerte. Esta nueva vida de hijo de Dios puede debilitarse e incluso perderse a causa del pecado” (cf. CEC 1420). El Señor Jesucristo, el médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, el que perdonó los pecados al paralítico y devolvió la salud a su cuerpo, ha querido que su Iglesia continúe, con el poder del Espíritu Santo, su obra de curación y salvación, incluso entre sus propios miembros. Esta es la finalidad del sacramento de la penitencia (Cf. CIC 1421).

Cuando hablamos de los actos salvíficos de Cristo que tienen su continuidad en los sacramentos, no debemos pensarlos ni vivirlos como actos desvinculados de Cristo, sino como acciones concretas y vivas de Él. Es Cristo quien actúa en los sacramentos, sin olvidar que ese modo de actuar viene acompañado de toda una serie de actitudes como el amor, comprensión, compasión, mansedumbre, etc. Por ello, Cristo siempre viene a satisfacer nuestras necesidades, pero a menudo a la medida de la verdad y de la seriedad de nuestros deseos (cf. Häring B. *La dimensione terapeutica della liturgia. Liturgia come terapia. Salute e salvezza nel mondo rituale*, 21-35)

PENSAR

Leer y comentar Juan 20,19-23.

Ya en los nombres del sacramento, sacramento de conversión, de penitencia, de confesión, del perdón, de la reconciliación, es posible discernir ciertas dimensiones características de la participación subjetiva que se abre a la curación del espíritu: la confesión, cuyo valor terapéutico se revela, pero que también se transforma en confesión de alabanza de la santidad de Dios y de su misericordia, signo también de una herida cicatrizada, de una reconciliación que ha tenido lugar (cf. CEC 1424).

El Catecismo de la Iglesia Católica subraya la situación de la persona humana bajo el pecado, poniendo la atención en el realismo de las enfermedades del corazón y de la mente que deben recibir luz y curación. En efecto, se afirma, que la nueva vida recibida en la iniciación cristiana no ha soportado la fragilidad y debilidad de la naturaleza humana ni la

inclinación al pecado que la tradición llama concupiscencia, que permanece en los bautizados para que puedan soportar sus pruebas en la lucha de la vida ayudados por la gracia de Cristo. El sacramento de la reconciliación responde a esta condición con los actos del penitente en el camino de la conversión y con la gracia del sacramento. El discurso se concreta al referirse a la subjetividad que vibra en los sentimientos humanos al hablar de la penitencia interior y de la conversión del corazón: una reorientación radical de la vida, una conversión a Dios con todo el corazón, una ruptura con el pecado, una aversión al mal. En esta perspectiva, las dimensiones humana y dialógica del sacramento se presentan en una perspectiva de curación interior (cf. CEC 1448).

Entre los efectos del sacramento, la gracia de la reconciliación y del perdón se describe en paz y serenidad de conciencia, consuelo vivo del Espíritu, curación de la herida infligida a la comunidad y, por tanto, reconciliación con los hermanos, que no puede permanecer abstracta sino concreta, hecha de actos reales de relación renovada. Digna conclusión de esta visión del sacramento es el número final que afirma con realismo que: Cristo actúa en cada sacramento. Se dirige personalmente a cada pecador: Hijo, tus pecados te son perdonados (Mc 2,5); es el médico que se inclina sobre cada enfermo que lo necesita para curarlo y devolverle la comunión (Cf. CIC 1484).

Esto subraya el aspecto objetivo de la curación del pecado, el compromiso de penitencia, el sentido de liberación que de alguna manera purifica e ilumina a quien confiesa sus pecados recibiendo la paz verdadera, la reconciliación, un término con amplias resonancias espirituales y psicológicas. Pero estas condiciones deben complementarse también con ciertas exigencias celebrativas que favorezcan la plena eficacia del sacramento: la Palabra que anuncia, la oración que acentúa el valor cultural del sacramento, la dimensión comunitaria de la celebración como implicación colectiva y social inseparable de la realidad personal (cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Post-sinodal, *“Reconciliatio et Penitentia”*).

ACTUAR

¿Cómo manifestar el sentido terapéutico de este sacramento para el que sufre y el enfermo? Exigirá del confesor, una intensa preparación espiritual, pero también un tipo de escucha que no es posible improvisar, sino que se aprende como un arte; un arte con capacidad de diálogo y sensibilidad para las relaciones humanas para reconocer ciertos mecanismos psicológicos que dificultan el acceso a la conciencia moral adulta, a pesar de las buenas intenciones.

El tiempo de la enfermedad puede ser un tiempo de examen y de balance de la propia existencia, a menudo acompañado de un profundo deseo de reconciliación consigo mismo, con los demás y con Dios. Será necesario incluso entonces interpretar positivamente y acoger esta actitud como un deseo de curación total en la que el rito de la penitencia tiene su propio valor humano y espiritual.